

CUBA Y LA REFORMULACIÓN DEL COMUNISMO*

ANDRÉS BENAVENTE URBINA**

INTRODUCCIÓN

Nuestra Ponencia pretende reflexionar sobre los virajes que están evidenciando, en estos tiempos, los partidos comunistas de América Latina a partir de los hechos —muy concretos— de los cambios políticos que conforman el proceso de la perestroika soviética y del colapso de los socialismos reales de Europa del Este.

De pronto, para los partidos comunistas de esta parte del globo se pierden o se diluyen los referentes. Modelos que servían de inspiración ya no existen. La ortodoxia marxista-leninista que convertían a la Unión Soviética en una suerte de *Vaticano* ideológico del *socialismo científico* cede paso a la flexibilidad de Gorbachov que valora el mercado, que deja en el pasado el principio de que el Partido Comunista tiene el monopolio del poder, que avanza hacia el pluripartidismo. Y nuestros partidos comunistas, tan poco creativos y originales que acostumbraban a cerrar los Informes de sus respectivos Congresos con homenajes a la URSS, se han quedado en una clara orfandad.

Han intentado variadas respuestas. En ellas se han encontrado con crisis que, en algunos casos como el chileno, son profundas. Han vuelto a revivir el esqueleto de Stalin, ya execrado en la década del 50, para tener a alguien a quien responsabilizar de la catástrofe. Argumentan que los socialismos reales cayeron no porque fueran socialismos, sino porque se trataba de modelos estalinistas. Pero, tardaron tantos años en descubrirlo, si hasta la víspera del derrumbe los líderes de estos partidos peregrinaban a los países de Europa del Este a rendir pleitesía y buscar apoyos. El argumento del estalinismo no es

*Ponencia al Seminario Internacional sobre Política Cubana, Instituto de Estudios del Conflicto, Universidad del Museo Social Argentino, Buenos Aires, septiembre 1990.

**Cientista Político, Profesor e Investigador del Instituto de Ciencia Política de la U. de Chile.

sino una excusa para no asumir la realidad y la envergadura del problema que tienen ante sí: el colapso terminal del socialismo marxista.

La hipótesis que acabo de proponer no peca de un voluntarismo ideologizado que sería tan torpe —académicamente— como sostener que se trataría de una simple readecuación de un sistema, afirmación que plantean algunos miembros de una vieja derecha integrista y timorata que necesita del anticomunismo para poder tener razón de ser.

Por el contrario, la hipótesis se fundamenta en hechos que saltan a la vista. No sólo caen gobiernos y regímenes, no sólo hay cambios de estructuras institucionales en Unión Soviética. Es el nivel mismo de los principios donde se produce el derrumbe. Conceptos como “lucha de clases”, como “dictadura del proletariado”, como “partido vanguardia”, que eran claves básicas para articular el pensamiento marxista y leninista, hoy no tienen importancia alguna allí donde la tuvieron de manera incontestable hasta hace pocos años. La introducción del mercado a la economía soviética y la valoración que de él hacen muchos neomarxistas, importa claramente dejar de lado los postulados centrales de la economía de Marx.

Si Marx pudiera ver lo que acontece hoy con sus seguidores. Sin duda se sentiría frustrado. En el transcurso del siglo xx algunos Estados lo convirtieron en su pensador oficial. Resultaba indispensable haber leído sus libros o al menos pretenderlo y, según fuese aconsejable por la coyuntura, citar tal o cual pasaje de sus escritos. Marx pronosticaba en el siglo pasado que el capitalismo caminaba hacia su fin y que el advenimiento del comunismo era inevitable: era el sentido único de la historia. El siglo xx se termina y el comunismo es hoy un fantasma cuya silueta se desvanece al mismo tiempo que su creador se va incorporando al irremontable pasado.

Basta con mirar a nuestro alrededor. Partidos comunistas que prefieren cambiar de nombre. Intelectuales que alguna vez fueron deslumbrados por la Revolución Cubana hoy aparecen planteando la salida de Castro como condición de democratización. Los marxistas ortodoxos que aún recitan pasajes de *El Capital* son casi un objeto de curiosidad, empleando palabras envejecidas por el paso del siglo y que hoy motivan más a los historiadores del siglo xix que a los intelectuales de nuestro tiempo.

Sin embargo, como aquellas culturas primitivas que sobreviven en medio de la civilización, como las prácticas *animistas* en grandes sociedades como Brasil, como el *culto* a la necrofilia que tenemos chilenos y argentinos en algún sentido, los comunistas que quedan en nuestro tiempo no aceptan que la utopía se ha transformado en mitología, y aferrándose a rígidos esquemas,

están tratando de recomponer y darle sentido a lo que ha quedado después del colapso, y han decidido levantar como nuevo paradigma a Cuba y a su gobierno.

Estamos en presencia de un claro y explícito viraje de los partidos comunistas de nuestro continente, desde posturas prosoviéticas —que van dejándose progresivamente de lado— hacia una posición procubana, como quien ve en aquel régimen el último reducto en el cual la “pureza del socialismo” se conserva. Si Marx pudiese volver desde el lugar que ocupa, en la arqueología política, y viese que Fidel Castro es quien lo proyecta en el mundo comunista que queda, sentiría sin duda una nueva y profunda frustración. Y él, que había construido un sujeto colectivo: la clase proletaria como motor de la revolución, al ver que sus tesis no las esgrime tal clase, inexistente, sino un dictador caribeño —que en el fondo no es distinto a los Somoza, a los Ubico, a los Trujillo—, sin duda se cuestionaría sobre si en verdad valió la pena tanto esfuerzo intelectual para ir a terminar en esto.

Cuba se aparece entonces como el nuevo paradigma para los partidos comunistas locales en esta hora de crisis. Abordar, pues, los contenidos de este nuevo énfasis es el propósito central de la Ponencia. Para hacerlo, sin embargo, debemos referirnos someramente al perfil del régimen cubano en medio de estos cambios y de esta crisis que sacude a lo que se conoció como socialismo real.

1. EL RÉGIMEN CUBANO-CASTRISTA ANTE LA PERESTROIKA Y LOS CAMBIOS DE EUROPA DEL ESTE

Para Fidel Castro el proceso cubano corresponde a una suerte de afirmación en solitario de un modelo que en otra época fue paradigmático para vastos sectores de izquierda. No son las horas en que habla de extender la revolución a América Latina ni a África. Sin duda, no vive las horas de triunfalismo que por tantos años le acompañaron. Vive momentos de honda preocupación y eso se refleja reiterativamente en todos sus discursos.

En efecto, la crisis internacional del socialismo le hace replantearse el futuro en términos de autodesarrollo. Los mercados de los países de Europa del Este se le han cerrado para sus productos y, a su vez, dichos países ya no prestan a Cuba la asistencia financiera, tecnológica y logística-militar. La

exportación de cítricos, por ejemplo, se entorpeció por la no llegada de los barcos de la URSS y decenas de miles de toneladas de frutas se perdieron. Sin duda que Cuba ve derrumbarse anticipadamente las metas que se había propuesto en sus planes quinquenales. Tanto más dramática se tornará esta situación cuando la URSS ha garantizado relaciones económicas tradicionales (es decir, de asistencialidad y trato preferencial) sólo hasta 1991. Después las relaciones económicas serán distintas y corresponderán a la interacción de una economía abierta a los principios del mercado, aunque regulados, en el caso de Unión Soviética, y de una economía socialista ortodoxa.

En el discurso conmemorativo del 16 de julio de 1989 Castro advertía ya sobre los problemas que se comenzaban a precipitar en el campo socialista: “Hay dificultades en el movimiento revolucionario mundial —afirmaba—; hay dificultades en el movimiento socialista. ¿Ante qué fenómeno estamos? —se preguntaba—, ¿acaso ante un tránsito pacífico del socialismo al capitalismo en esos países? (Europa del Este). Es posible”, termina respondiéndose. Pero, a renglón seguido, con un contenido mesiánico, concluía, pensando en su régimen: “El futuro presenta amenazas debido a esa idea eufórica de que el socialismo está en el ocaso y llegaría el momento de cobrarle a Cuba el precio de más de 30 años de revolución. Aquí no podrán cobrar nada” (1).

Meses más tarde, cuando el proceso de derrumbe del socialismo se había acelerado y ya había tenido la advertencia indirecta de cómo había terminado el régimen de Ceaucescu en Rumania, Castro asistía al XVI Congreso de la Central de Trabajadores de Cuba, donde se referiría al desarrollo de la crisis del socialismo real. Expresaba allí su desagrado por la reaparición del principio de propiedad privada, donde por décadas se le había derogado. Expresa también su molestia porque el Partido Comunista en esas experiencias pierde el monopolio del poder, y en algunos casos, se disuelve o cambia de nombre. Contrariamente a tales acontecimientos, el dirigente caribeño afirma: “Tal como vemos el futuro, vemos en la realidad al partido dirigiendo indefinidamente”, aunque en el mismo discurso se pone —forzadamente— en el escenario de un propio derrumbe: “No faltan algunos, incluso, que casi nos dan el pésame, algunos que nos lloran en vida y algunos que creen que aquí la Revolución se puede desplomar, como se desplomaron otros procesos políticos en meses recientes” (2). Termina señalando que ello no ocurrirá, pero el solo hecho de que lo admita como posibilidad lejana es muy significativo.

- (1) Castro, Fidel: *El imperialismo sueña con el ocaso del socialismo*, discurso del 26 de julio de 1989 “Pluma y Pincel”, Santiago, Chile, 10 agosto 1989.
- (2) Castro, Fidel: *El anticomunismo es la bandera del fascismo*, “Pluma y Pincel”, 15 febrero 1990.

Poco antes se había prohibido en Cuba la difusión de libros y revistas soviéticas que se referían a la magnitud de los cambios de la perestroika. Temeroso de que ello pudiese encontrar eco al interior de la población, Castro adoptó el papel de censor respecto de quien fuera su “hermano mayor”. En un discurso pronunciado en los funerales de los militares cubanos muertos en la guerra de Angola, el dirigente cubano justificaba su proceder: “Es repugnante que muchos se dediquen ahora, en la propia URSS, a negar y destruir la hazaña histórica y los méritos extraordinarios de ese pueblo. Por ello nosotros no hemos vacilado en impedir la circulación de ciertas publicaciones soviéticas que están cargadas de veneno contra la propia URSS y el socialismo”. Viendo fantasmas en todas partes, Castro añade: “Se percibe que detrás de ellas está la mano del imperialismo, la reacción y la contrarrevolución” (3).

En el discurso conmemorativo del 26 de julio del año pasado, ya citado, se volvía a referir al tema, argumentando que cualquiera fuese la magnitud de los cambios que siguieran operándose en el mundo, el régimen cubano permanecería inalterable: “Tenemos que advertir al imperialismo que no se haga ilusión con relación a nuestra Revolución y con relación a la idea de que nuestra Revolución no pudiera resistir si hay una debacle en la comunidad socialista, porque si mañana o cualquier día despertáramos con la noticia de que se ha creado una gran contienda civil en la URSS o, incluso, que nos despertáramos con la noticia de que la URSS se desintegró, cosa que esperamos que no ocurra jamás, aun en esas circunstancias Cuba y la Revolución Cubana seguirían luchando y seguirían resistiendo” (4).

Por último, en lo relativo al proceso cubano en sí mismo, anotemos que el régimen se apresta para realizar en el primer semestre de 1991 el IV Congreso del Partido Comunista, conociéndose ya el documento de convocatoria del mismo. Una caracterización sumaria del mismo permite sostener que de lo que se trata es de reforzar lo cerrado del sistema y hacerlo absolutamente impermeable a las posibles influencias que pudieran derivarse de los cambios ocurridos en Europa del Este y Unión Soviética. El documento de convocatoria advierte —y esta es una primera característica— respecto de los elementos *contrarrevolucionarios*: “Servir en esta hora como peles del imperialismo equivale a convertirse en los mayores traidores de la historia de Cuba y que en esa condición los considerarán la ley y el pueblo”.

(3) Castro, Fidel: *Discurso pronunciado en las honras fúnebres a los internacionalistas cubanos caídos en Angola*, “Pluma y Pincel”, 15 diciembre 1989.

(4) Castro, Fidel: Discurso citado, del 26 de julio de 1989.

Las modificaciones que pueden ocurrir dentro del Congreso se inscriben entonces en lo que el propio Castro ha venido llamando desde el promedio de la década de los 80, como la "rectificación", que no es sino la adopción de determinados ajustes para funcionalizar mejor la operatividad del régimen. Apuntando a una segunda característica como la anotada, el documento de convocatoria dice: "El perfeccionamiento de las estructuras y métodos del Poder Popular ha de permitir fortalecer aún más el control del pueblo sobre la actividad del gobierno y responder en forma más convincente y eficaz a los planteamientos de la población" (5).

En definitiva, y ésta sería una tercera característica que globalizaría a las anteriores, en el próximo Congreso, el régimen cubano se apresta a fortalecer el papel rector del Partido Comunista, a rechazar cualquier apertura, aunque sea instrumental, hacia el sistema capitalista y a reafirmar la más plena vigencia del marxismo-leninismo aplicándolo a las condiciones nacionales.

La afirmación en solitario. Ese es el camino que Fidel Castro está dispuesto a recorrer. Mejor dicho es el único posible a recorrer, pues la alternativa sería abrir el sistema y dejar el poder. No se siente impactado por los colapsos de Europa del Este. No atiende a sus causas, sino censura ácidamente sus efectos: "Todo eso es fruto de la contrarrevolución que ha tenido lugar en esos países, de todo ese proceso de marcha hacia el capitalismo. Esa gente abandonó el socialismo hace rato" (6).

En agosto recién pasado apareció un folleto de Marta Harnecker, pensadora leninista residente en Cuba, que ha jugado últimamente importantes roles en la agregación de apoyo político a los diversos movimientos insurreccionales de América Latina. Describe algunos cambios que el régimen está propiciando, como inevitable respuesta al impacto del derrumbe del socialismo real. En el Congreso de 1991 se espera profundizar el proceso de *rectificación* de que habla Castro.

La escritora da pistas sobre los cambios aparentes. Se está por desechar el término "Dictadura del Proletariado", lo cual podría aparentar un abandono de las premisas leninistas, pero ella misma se encarga de dejar las cosas en su lugar: "Una cosa es el discurso político y otra el discurso teórico. Desde el punto de vista teórico, para que un sistema político democrático pueda reflejar los intereses de la mayoría del pueblo hay que limitar necesariamente

(5) Sardiña, Abel: *Lo que pasa en Cuba. Preparativos para el IV Congreso del Partido Comunista Cubano*, Revista "Punto Final", 15 julio 1990.

(6) Castro, Fidel: *Siempre fuimos solitarios*, entrevista en Revista Hoy, Santiago, 2 julio 1990.

la realización de los intereses de quienes se oponen a que se adopten esas medidas en beneficio del pueblo... Si no se practicara esa fuerza contra los opositores se estaría yendo contra el propio concepto de democracia" (7). O sea, la dictadura proletaria sigue tal cual aun cuando el término mismo no se use por ser políticamente inconveniente hoy.

Se habla de democratizar el partido en el próximo Congreso. Harnecker reconoce una falla estructural del sistema: "Las asambleas se transforman en asambleas formales, en que los trabajadores aceptan el veredicto del partido sin mayor discusión". Pero advierte, también, que no se puede dar paso a un reconocimiento de la disidencia: "Cualquier fisura que se abriera en el pueblo sería de inmediato aprovechada por el imperialismo. Basta recordar el papel que jugaron los grupos étnicos, insignificantes minorías opositoras que habitan en la costa atlántica de Nicaragua, como cuna de la contrarrevolución en ese país, y lo que recientemente ocurrió en los países del Este. En síntesis, yo creo que se puede entender y justificar la existencia de un partido único en Cuba" (8).

Se tiene entonces que el proceso de *rectificación* no es sino una reafirmación de un régimen totalitario, donde el partido sigue teniendo un férreo control sobre la sociedad civil.

Los preparativos del Congreso del PC cubano demuestran ciertamente una voluntad de perseverar en un sistema que se agota y que cada día está más aislado. Sin embargo, no puede advertirse en él una garantía de sobrevivencia de aquel sistema ni del partido, ni de la dictadura de Castro. Baste recordar que en noviembre de 1989 un teatro repleto de delegados al Congreso del Partido Comunista Rumano ovacionaba a Ceaucescu y afirmaba su voluntad inquebrantable de no aceptar, por motivo alguno, los cambios que se verificaban en los países vecinos. Antes de un mes, el dictador rumano era fusilado y su régimen era sepultado por una insurrección popular.

Mientras más duros son los regímenes políticos no democráticos a los cambios, más repentina y más dramática es su caída. Es una lección de la historia y de la política comparada que los castristas no pueden dejar de considerar.

(7) Harnecker, Marta: *Crisis del Socialismo. ¿Qué pasa en Cuba?*, folleto editado por "Página Abierta", julio 1990, p. 12.

(8) *Ibidem*: p. 14.

2. LOS PARTIDOS COMUNISTAS LOCALES. EL CAMBIO DEL PARADIGMA Y LA REVALORIZACIÓN DE CUBA

La izquierda radicalizada en América Latina también se ha visto envuelta en esta crisis del campo socialista. Desde luego hay que anotar de paso —dado que no es el tema que nos ocupa en esta Ponencia— que un sector importante de la izquierda ha abandonado definitivamente los padrones leninistas e incluso se muestra muy crítica a aceptar la vigencia de las ideas marxistas como padrones únicos en la formulación de sus propios proyectos.

Pero, en lo que nos interesa, hay que destacar que entre los partidos comunistas se está produciendo un viraje muy categórico. Se está abandonando explícitamente el modelo soviético que por décadas siguieron, valorándose a cambio, el modelo cubano como nuevo paradigma. Ciertamente hay que anotar que en medio de este cambio se producen fuertes crisis que amenazan con fraccionar a tales partidos y, por ende, reducir con ello los grados de influencia que, de manera distinta, tienen en sus respectivas sociedades.

En abril de 1990 se reunieron en México los máximos dirigentes de los partidos comunistas de El Salvador, Schafik Handal; de Honduras, Rigoberto Padilla; de República Dominicana, Narciso Isa Conde; de Argentina, Patricio Echegaray; y el Secretario General del Partido Vanguardia Popular de Costa Rica, Humberto Vargas Carbonell. Resultado del encuentro fue la redacción de un documento en que se refieren expresamente a la crisis del socialismo y al caso cubano.

Advierten que en lo que fue el mundo socialista hay un clima de desestabilización institucional y de pugnas políticas por el poder. A partir de este diagnóstico central se destacan tres ideas centrales en el documento suscrito.

a) Aceptan la necesidad de la renovación del socialismo. Pero advierten sus riesgos: “No creemos que la renovación y la democracia dentro del socialismo deban ser desviadas por senderos de la privatización capitalista, ni que el internacionalismo y la solidaridad deban ser reemplazados por el egoísmo nacional y la contemporización o complacencia con el imperialismo”. En buenas cuentas, no aceptan en verdad ninguna renovación y si deben usar tal concepto lo hacen sólo a título instrumental.

b) Hay un claro cuestionamiento al proceso de perestroika. Con ello la actual Unión Soviética deja de ser el paradigma. Se dice: “La perestroika está siendo distorsionada. Se la ha separado de sus propósitos de ofrecer más socialismo y más democracia. Dentro de ella han ganado terreno los partida-

rios de corrientes procapitalistas, los nacionalismos separatistas y contrarrevolucionarios y enterradores del internacionalismo revolucionario atraídos por la convergencia con la URSS". Les molesta, pero más que eso les preocupa lo que ellos llaman el debilitamiento del internacionalismo en la Unión Soviética, lo que tiene directa incidencia en las actuales estrategias de los partidos comunistas locales y, de otro lado, en el desarrollo de las políticas insurreccionales.

c) La respuesta que surge en medio de esta confusión, es la revalorización de Cuba: "Es preciso fortalecer el tercermundismo, el latinoamericanismo para librar una lucha sin cuartel por la victoria de nuevos proyectos democráticos-revolucionarios y por la liberación de nuestros pueblos. Esto incluye una firme defensa de Cuba socialista como pionera de la transición revolucionaria latinoamericana y baluarte del internacionalismo en esta región" (9).

Los diversos movimientos comunistas locales comparten el criterio de que la crisis de los socialismos reales e, incluso, los cambios que experimenta la Unión Soviética no importan la crisis global del socialismo. Lo que ha fracasado son determinadas aplicaciones del mismo. En verdad, es este argumento el que les posibilita proseguir creyendo en una *verdad* que ya ha perdido totalmente su pretendido carácter científico.

El rompimiento del paradigma soviético no puede implicar abrazar el paradigma cubano sin una explicación que mediatice el cambio. Marta Harnacker ha publicado recientemente un libro donde toca directamente —y a fondo— el problema. En *Vanguardia y Crisis actual* apunta a la mediación de que hablamos: "La historia nos está demostrando cada día con más fuerza la necesidad de pensar con cabeza propia partiendo de un análisis concreto de la situación concreta tanto nacional como internacional en la que se inserte" (10).

Se llega a pensar que para América Latina no es suficiente contar con los partidos comunistas tradicionales como expresión de una supuesta vanguardia, dado que o estuvieron ausentes de expresiones revolucionarias concretas como la nicaragüense, o no tienen mayor relevancia en sus respectivas experiencias nacionales, o bien, como el caso chileno, están sumidos en crisis profunda.

(9) Varios autores: *América Latina, una apuesta válida: el socialismo*, Revista "Punto Final", Santiago, mayo 1990.

(10) Harnacker, Marta: *Vanguardia y Crisis actual*, Tae Editores, Montevideo, 1990, p. 5.

El seguimiento al paradigma cubano importa introducir en los partidos comunistas algunas variantes respecto de sus políticas tradicionales. En verdad, algunos de estos cambios ya eran conocidos en los últimos años, como acontece con el Partido Comunista de Chile, por ejemplo.

En primer lugar, se tiene una nueva concepción, más amplia, de lo que constituye la *vanguardia política*. Adecuando a Lenin a los actuales tiempos, una de sus principales exégetas, Marta Harnecker —tantas veces mencionada en esta ponencia— plantea: “Lenin concebía un solo partido revolucionario. Hoy día otras realidades históricas han ido planteando la necesidad de modificar este enfoque. En la mayor parte de nuestros países, especialmente después del triunfo de la revolución cubana que marca un hito fundamental en la historia del continente, junto a los partidos identificados como de la clase obrera, surgieron otros partidos revolucionarios que, en los casos de Cuba y Nicaragua, se transformaron en la vanguardia efectiva de dichos procesos” (11).

Esta línea política se ha traducido en que los diversos partidos comunistas locales se han abierto hacia los grupos ubicados más a su izquierda y a quienes acusaban de “ultrismo” en los años sesenta y setenta. Casi en todas partes se han formado coaliciones con el nombre de “Izquierda Unida”, que no es sino la expresión de una voluntad de compartir el carácter de vanguardia.

En segundo lugar, la adopción del nuevo paradigma no es gratuita para los partidos comunistas locales en cuanto a su concepción del quehacer político. No es simplemente un cambio de línea política ni una ampliación de sus alianzas. Importa una radicalización de posiciones, un cuestionamiento de fondo del sistema democrático, en definitiva, la elaboración de una *política militar* que, eventualmente, pueda posibilitar al pc impulsar la vía armada en su respectiva experiencia nacional.

Para Marta Harnecker una estrategia revolucionaria “debe tener siempre presente la necesidad de construir una fuerza militar que haga posible la realización de los cambios democráticos buscados”. Justificando esto dirá más adelante: “La izquierda tiene, entonces, derecho, justamente porque lucha por la democracia revolucionaria, a construir una estrategia militar que lo haga posible” (12). Es decir, los partidos comunistas locales, al asumir el paradigma cubano deben optar por una postura insurreccional, sea en el presente mismo o tenerla en forma latente si están a la fecha participando del sistema institucional.

(11) *Ibidem*: p. 13.

(12) *Ibidem*: p. 30.

Este aspecto, en particular, nos interesa destacar, puesto que lo habíamos anticipado en una Ponencia que presentáramos en esta misma Universidad en el Congreso Internacional de Sovietología de octubre de 1988 (13).

En tercer lugar, tenemos que la concreción de la adopción de una política militar, como también lo anticipáramos en 1988, se traduce en que casi todos los partidos comunistas locales de América Latina hayan internalizado la consigna de *la combinación de todas las formas de lucha*, concepto que en Chile leíamos de manera constante durante el período militar y que algunos creían limitado a tal coyuntura, pero que el XV Congreso, vigente hoy en plena democracia, ha reiterado.

La combinación de todas las formas de lucha significa que los partidos comunistas pueden participar indistintamente en la vía electoral —o sea, adentrándose en el sistema institucional respectivo— como en la vía armada, en contra del mismo sistema, dependiendo del contexto situacional que se plantee.

Sobre la aplicación de la consigna de la combinación de todas las formas de lucha, se desarrolla un debate sobre la oportunidad de esa combinación. Para el fallecido candidato presidencial de la Unión Patriótica colombiana, Bernardo Jaramillo, no es posible que una misma entidad combine a la vez distintas formas de lucha, sino que debe privilegiar una, la que tácticamente resulte más adecuada al momento. La combinación debe darse a través de una coordinación con otros grupos. Nuevamente se plantea aquí la alianza con otros grupos de izquierda. Unos se dedicarán a la vía electoral, otros a las acciones armadas, existiendo entre ellos una clara coordinación. Esta tesis de Jaramillo es aplicable en Chile a la relación Partido Comunista-Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

Jaramillo era muy claro al explicar su posición: “Buscar una variante no significa ni renunciar a la acción armada en un momento determinado y en condiciones concretas, ni renunciar a la acción política cuando se tiene una coincidencia con una organización armada, ni renunciar a un frente de masas” (14).

Habiendo señalado los cambios más relevantes que los partidos comu-

(13) Benavente, Andrés: *El Movimiento Comunista Latinoamericano ante las directrices de la Unión Soviética*, en publicación “Glasnost y Perestroika en la Política Exterior Soviética”, Instituto de Estudios del Conflicto, Universidad del Museo Social Argentino, Buenos Aires, octubre, 1988.

(14) Harnecker, Marta: *Vanguardia...*, *op. cit.*, p. 33.

nistas locales han debido adoptar en función del nuevo paradigma, queremos hacer un comentario más sobre la cuestión de la ampliación del concepto de vanguardia, en cuanto allí se incluye ahora la alianza del PC con grupos insurreccionales, tal como acontece en el caso salvadoreño con el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional.

Se habla ahora de “Vanguardia Colectiva”, lo cual es explicado por Rafael Ortiz miembro de la dirección del Ejército de Liberación Nacional de Colombia, cuando señala que es necesario abordar el problema del poder con un enfoque que apunte a la convergencia entre los diversos grupos no sólo insurreccionales, sino que políticos comprometidos con la ruptura del sistema. Afirma: “Es importante precisar que ésta es una concepción que respeta realidades, por ejemplo, la existencia de diferencias políticas. Esta concepción da espacio al pluralismo entre los revolucionarios, pero también, y como cuestión vital, da espacio a los aspectos comunes y a las identidades. Con tal concepto pensamos que podemos trabajar mejor y avanzar en la constitución de la vanguardia del proceso, porque eso permite construirla según nuestras realidades y nuestras necesidades” (15).

En conclusión, la adopción de adecuaciones leninistas a lo que ha sido el desarrollo del régimen cubano mismo es el condicionamiento necesario para que los partidos comunistas locales, en conjunto con otros grupos revolucionarios, levanten hoy un modelo alternativo al que se ha derrumbado y del soviético que está modificándose drásticamente con la perestroika. En la elaboración del modelo de recambio no hay abandono de la ortodoxia, sino una relectura de ella, como dice Patricio Echegaray: “Nosotros más que volver a los clásicos creemos que es necesario utilizar a los clásicos para estudiar nuestra realidad actual” (16).

(15) Harnecker, Marta: *Unidad para multiplicar*, La Quimera Editores, Ecuador, 1988, p. 104.

(16) Harnecker, Marta: *Vanguardia...*, *op. cit.*, p. 61.